

Homilías Domingo Primero de Adviento (Ciclo C)

+ Lectura del Santo Evangelio según san Lucas

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, enloquecidas por el estruendo del mar y el oleaje. Los hombres quedarán sin aliento por el miedo, ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo temblarán. Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube, con gran poder y gloria.

Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación. Tened cuidado: no se os embote la mente con el vicio, la bebida y la preocupación del dinero, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra.

Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir, y manteneos en pie ante el Hijo del Hombre.

Palabra del Señor

Homilías:

(A)

ADVIENTO COMO ACTITUD VITAL

Adviento, antes que tiempo litúrgico, es una actitud teologal que los cristianos hemos de tener a lo largo de la existencia. El tiempo litúrgico no es más que una mediación para espabilar la esperanza, como el Día de la Familia no es nada más que una oportunidad para avivar el afecto y la unión que han de durar todo el año. Adviento es reavivar la actitud de apertura a un futuro

mejor que Dios nos ofrece siempre. He aquí una actitud fundamental para el discípulo de Jesús. Vivir en adviento es ponerse en actitud de éxodo, de superación, de querer alcanzar nuevas etapas en el camino hacia la meta; es tomar conciencia de que la persona, el cristiano, la familia, la comunidad, como el avión o la bicicleta, sólo se mantienen en pie avanzando; es concienciarse de que detenerse, en sentido psicológico y espiritual, es estrellarse; es tomar conciencia de que "esto no puede seguir así".

Vivir en adviento es emprender el éxodo hacia una tierra de promisión siempre mejor. Helder Camara lo definía como partir, al modo de Abrahán, dejando casa y patria, llenas de seguridades rutinarias, para caminar hacia una vida personal y comunitaria nuevas: "Es, ante todo, salir de uno mismo, romper la coraza del egoísmo que intenta aprisionarnos en nuestro propio 'yo'. Es dejar de dar vueltas alrededor de uno mismo... La humanidad es más grande, y es a ella a quien debemos servir. Partir es, ante todo, abrirse a los otros, ir a su encuentro; abrirse a otras ideas, incluso las que se oponen a las nuestras. Es tener el aire de un buen caminante".

Porque esto tiene que cambiar. Y cuando decimos "esto", decimos todo lo que se refiere a nuestro entorno vital y social, por muy bien que vaya, por la sencilla razón de que tanto la vida personal como la vida social, si es vida, ha de ser evolutiva. ¿Lo tenemos en cuenta al hacer la "carrera" de la vida?

En una tertulia en que intervenía Ortega y Gasset saltó el tema de lo que habían cambiado los contertulios en la última etapa de su vida. Cada uno ponía de relieve los cambios más significativos. Uno de los contertulios comentó: "Yo llevo prácticamente treinta años sin cambiar nada. Le he cogido el tranquillo a la vida, y ahí sigo". "¿Cuántos años has cumplido?", le pregunta Ortega y Gasset. "Tengo 64". "No, le replica, tú no tienes 64 años, tú tienes 64 veces el mismo año".

Para este hombre la vida era un velódromo en el que no hacía más que dar vueltas al mismo circuito, en lugar de ser una escalada. Dar vueltas siempre al mismo circuito es un pecado grave contra uno mismo, contra el impulso vital de crecer, contra la urgencia del Espíritu que nos apremia igualmente a crecer, contra la

comunidad a la que nos debemos y, en definitiva, contra la historia de salvación de la que somos deudores. Estancarse es pecar de haraganería, frustrar el proyecto de Dios y las esperanzas de los hombres; es enterrar los talentos para ahorrarse preocupaciones (Mt 25,14-30).

En el pasaje evangélico Jesús habla de la desintegración apocalíptica del universo, pero no malinterpretemos; lo que Jesús quiere decir es que él, primordialmente, viene a desintegrar el viejo mundo contaminado de maldad que hemos construido entre todos, para construir un mundo nuevo, una humanidad nueva, su Reino. Esto tiene que cambiar.

Pero, ¿es que no tenemos nada bueno? No se trata de eso. Aunque abunden las realidades buenas y hagamos muchísimo bien, esto tiene que cambiar por la sencilla razón de que Dios quiere para nosotros una vida mejor, una familia mejor, un grupo y una comunidad mejores, una sociedad y una Iglesia mejores. Esto tiene que cambiar porque falta mucho para que realicemos íntegramente el plan de Dios y porque lo exige la dinámica cristiana de constante superación.

Vivir y celebrar el Adviento es ponerse ante Dios y preguntarle: ¿Qué ofertas nuevas nos haces, Señor? ¿Qué proyectos nuevos presentas a cada uno, a nuestra familia, a nuestra comunidad, a nuestro mundo laboral? ¿Cómo podemos llevarlos a cabo? ¿Qué quieres, Señor, que hagamos? (Hch 22,10). Todos tenemos adicciones y esclavitudes de las que hemos de liberarnos y libertades que hemos de conquistar.

LA REVOLUCIÓN EMPIEZA POR CASA

Sentimos que muchas cosas deberían cambiar. Pero, a la hora de verificar el cambio, es fácil escurrir el bulto con escapatorias. Es preciso decirse uno a sí mismo, la familia a sí misma, el grupo a sí mismo: Soy yo, somos nosotros los que hemos de cambiar. Es aleccionadora y alentadora la confesión del sufí Bayacid: "De joven yo era revolucionario, y mi oración consistía en decir a Dios: 'Señor, dame fuerza para cambiar el mundo'... Años

después: 'Señor, dame la gracia de transformar a cuantos entran en contacto conmigo'... Ahora que tengo los días contados, mi única oración es la siguiente: 'Señor, dame la gracia de cambiarme a mí mismo'".

Vivir en adviento no es esperar a que cambie el otro o los otros, ni esperar a que sean otros los que cambien las estructuras, sino comprometerme a cambiar yo, a cambiarlas yo.

¿Nos imaginamos lo que hubiera cambiado nuestro entorno si nosotros hubiéramos cambiado, si en vez de ser simplemente buenos, hubiéramos sido mejores?

Adviento es aceptar la oferta del Señor Jesús de una vida nueva. La conversión no se reduce a pequeños retoques, implica un cambio profundo.

Quizás busco demasiado afanosamente las seguridades terrenas y sociales, acumular bienes económicos, poder consumir con abundancia, relevancia social... Es posible que me esté dejando arrollar por un activismo desbordado y desbocado que me impide saborear la vida, la convivencia, la amistad, el sosiego interior, la oración. Esto hace que me esté "desviviendo", en el peor sentido, es decir, maltratándome en lo profundo de mi ser. El Señor me ofrece su paz (Jn 14,27), otro alimento y otra contemplación.

DIOS NOS AYUDARÁ A CAMBIAR

Celebrar el Adviento es avivar la fe de que Dios está con nosotros para hacer realidad los proyectos que Él nos ha inspirado por su Espíritu. Es creer que "para Dios no hay nada imposible" (Lc 1,37). Es esperar que aquí va a pasar algo porque Dios puede cambiar el desierto en vergel. Si vivimos de verdad en adviento habrá una verdadera Navidad, porque nacerá algo nuevo en nosotros. Tendremos una experiencia nueva de Dios, de la vida, de nuestros prójimos. Ésta es la promesa que el Señor nos hace solemnemente al comienzo del Adviento. Y Él (lo sabemos muy bien) no falla.

(B)

En el mundo hay personas víctimas de la mentira, del engaño, de la envidia, del egoísmo. Pero en el mundo hay también mucha bondad y a uno no se le conquista con la fuerza, sino con la bondad.

Persona bondadosa es la que jamás perjudica a nadie; la que trata a los demás con cariño y comprensión; la que sabe ver el lado bueno de las cosas; la que se esfuerza por aliviar el dolor humano; la que apenas da importancia al bien que hace; la que siempre está dispuesta a dar la mano y el corazón; la que no espera recompensas; la que sale en defensa de los que son pisoteados.

Un escritor decía lo siguiente: «Fui perseguido por nazis y rusos. Tuve suerte: no he matado a nadie. Perdí mis gafas en un campo de concentración. Frecuentemente he tenido miedo, un miedo terrible. He visto, junto con otros cinco mil presos, cómo torturaban hasta matar a un compañero.

Lo estábamos viendo y nadie dijo nada. Nadie hizo nada. Y esto para mí es la mayor vergüenza de mi vida».

A veces nosotros mismos somos testigos de abusos y, como no son contra nosotros, nos quedamos tan tranquilos.

Hay muchos seres humanos que no tienen el valor suficiente para ser buenos; sin embargo, también hay muchas personas buenas.

Son millones y millones las madres que aman y se sacrifican.

Cada noche numerosos viejecitos se acuestan con una sonrisa en los labios porque alguien ha sabido depositar en sus mejillas un beso de despedida. Se oyen todavía canciones de cuna, palabras de amor, porque la bondad no es una palabra muerta. Preguntado Andrés Segovia, un artista de la guitarra, cuál era el mejor sonido que se podía escuchar en nuestro mundo, respondió con rapidez:

«el de la bondad». Y este sonido lo podemos entonar sin necesidad de estudios. Basta que pongamos un poco de voluntad.

Nadie puede ser realmente feliz si no tiene un corazón amable, dispuesto a hacer bien y comprensivo. Por esto san Pablo, en la segunda lectura de hoy, nos pide amor a todos. En el Evangelio Jesús nos dice: «Estad siempre despiertos y manteneos en pie».

Es que en el mundo hay mucho materialismo, mucho egoísmo y

mucha incredulidad. Por esto Jesús nos pide que estemos vigilantes y que nos mantengamos firmes en el amor a Dios y al prójimo.

(C)

¡Qué solar tan bueno para edificar!

Al pasar junto a un pueblo había unos talleres y unas casas viejas. Muchas veces, al pasar por allí, me decía: ¡Qué edificios tan viejos! No pegan nada con el entorno. Al volver después de algún tiempo, he visto que de todo aquello no queda nada. Ahora hay un amplio solar vallado. Al verlo he exclamado: ¡Qué solar tan hermoso! ¡Aquí se pueden edificar unos pisos preciosos!

La imagen creo que viene muy bien en este tiempo de Adviento que hoy comenzamos. Lucas, en su evangelio, nos habla de signos cósmicos, de seísmos y derrumbamientos. Justamente allí donde algo se derrumba es donde aparece espacio libre para una nueva construcción. En ocasiones, el derrumbamiento es sólo interior, se respetan las viejas e históricas fachadas. Todo el interior se vacía y se rehace de nuevo. Pero la fachada no se toca. Estamos acostumbrados a contemplar este tipo de obras.

No encuentro mejor manera de traducir el lenguaje apocalíptico de Lucas que hacer referencia al mundo de la construcción. El toque de atención que hoy resuena en el evangelio nos llama a derribar y a construir. En lenguaje técnico se emplean términos como «rehabilitación», «remodelación», «urbanización». Nada nuestro es tan viejo que no permita un proyecto nuevo. Nada es tan antiguo que no tenga algo aprovechable. Los cascos viejos de las ciudades, el centro histórico, se remodelan conjugando lo viejo y lo nuevo. El resultado suele ser una nueva obra de arte. Cada persona, especialmente tú que eres creyente, estás invitado, al inicio del Adviento, a una «rehabilitación o remodelación» de todo tu ser. No creemos de una vez para siempre. Entiéndeme, quiero decirte que el acto de fe en Dios nos lleva cada día a deshacer y rehacer. Una fe que se paraliza y no avanza es como un edificio que se hace viejo. Pero hay solución. *El solar que tú eres sigue siendo valioso y portador de muchas posibilidades.*

No sé a qué te suenan las expresiones del evangelio: «*manteneos alerta*», «*vigilad y orad en todo tiempo*». Para mí son gritos de ánimo y gritos de construcción de futuro. Quizás lo único que necesites sea pintar la casa, o cambiar alguna habitación. En otros casos, la obra será de más envergadura: tirar tabiques. Y, ¿por qué no? Es posible que tu futuro dependa de una reestructuración más a fondo: vaciar y reconstruir. Cada uno es un mundo.

El triunfo de Dios en nosotros consiste en que derribemos lo que hemos construido según nuestros gustos y egoísmo y no según el gusto de Dios. A Dios le gusta un corazón con estancias llenas de luz y de sol, liberadas de apoyos inútiles, capaces de acoger a todos.

Lucas enumera tres actitudes que ahogan la obra de Dios:

La falta de reflexión que nos lleva a ser insensibles ante los criterios por los que nos regimos. ¿Dónde está la diferencia de comportamientos y de criterios a la hora de pensar en las próximas fiestas entre un cristiano y un no cristiano? ¿Tendremos un cristianismo acomodado a los criterios del mundo sin darnos cuenta? Entonces, *se nos ha embotado la mente*.

La segunda actitud que apunta Lucas es que no nos dejemos caer en las garras del *consumismo*, concretizado éste en el *comer y el beber*. Hay dietas muy sanas y ecológicas que no tienen nada que ver con el consumismo.

La tercera actitud que Lucas previene es el *agobio*: «andaos con cuidado», no llevéis una «vida estresada», liberaos de «los agobios de la vida».

Los olvidos y el relegar a Dios a segundo plano para hacernos nosotros protagonistas no parten, la mayoría de las veces, de grandes principios filosóficos. Todo es mucho más sutil. Dios se borra y difumina casi sin darnos cuenta en lo que día a día nos ocupa y preocupa. El final, el único que ni nos ocupa ni nos preocupa en la vida es Dios. *Andaos con cuidado. Estad despiertos y pedid fuerzas en todo momento para escapar de lo que os puede ocurrir*. Esta es la tarea del tiempo presente, el Adviento, al que hoy somos convocados. ¿Cómo podrá venir el Señor si algo no se remueve dentro de nosotros?

Un magnífico programa de Adviento. Será alcanzable si pones manos a la obra. Necesitarás otras manos y una fuerza que viene de lo alto. Sin ella, no hay nada que hacer, te lo aseguro.

¡Buen trabajo! Hay mucho que desmontar y allanar. Con tanta mala «atmósfera ambiental» los baches aparecen por cualquier sitio, sobre todo donde no da la sombra y hiela más...

Buen domingo. Que seas feliz.

(D)

LEVANTAOS. ALZAD LA CABEZA

Empezamos el Adviento y el año litúrgico. No es una vuelta a empezar ciclos cansinos y repetitivos. Es un volver a soñar, es un volver a esperar, es un volver a comprometerse, para que todo sea distinto, para que el Reino de Dios prospere, para que Cristo no deje de venir.

Nuestro mundo

Las cosas no van bien en el mundo. ¡Cómo entendemos el deseo de los primeros cristianos: «Pase este mundo»! (Didache X,6.) Demasiada sangre y demasiado barro, demasiado sufrimiento y demasiada mentira, demasiadas manchas negras, demasiadas hambres negras, demasiadas muertes negras y blancas y rojas y grises y amarillas. No nos gusta este mundo dominado por la fuerza y la injusticia, marcado por la desigualdad y la violencia, vacío de valores y arrodillado ante el dinero en el altar idolátrico de «las cosas». Un mundo falso, que vive de fachada, que engaña con sus luces y promesas, que seduce con sus campañas y escaparates. Deseamos que el Señor venga: Maranathá (cf 1 Co 16,22).

Amemos al mundo

Que pase este mundo. En Adviento renovamos este deseo, pero lo hacemos desde la esperanza, no desde el desencanto; desde la compasión, no desde el desprecio; desde el compromiso, no desde la impotencia. Queremos que pase este mundo, pero queremos al

mundo. Lo queremos porque no somos del mundo, pero estamos en el mundo (cf Jn 17, 11. 14. 16). Lo queremos porque Dios ama a este mundo con misericordia infinita y lo sostiene en sus brazos. Lo queremos porque Dios lo ama apasionadamente: «¡Tanto amó Dios al mundo...!»! (Jn 3, 16). Lo queremos porque Cristo vino a salvar el mundo y sigue viniendo.

El Adviento nos enseña a amar el mundo, esperando, y a esperar otro mundo, amando. Nos enseña a transformar este mundo, orando, y a orar al Salvador del mundo, trabajando. Nos enseña a decir: ¡Ven, Señor Jesús!, y nos enseña a sembrar las semillas del Reino. Que venga, sí, el Señor Jesús, pero para transformar este mundo.

Son las actitudes o las virtudes del Adviento = ama, reza, espera, trabaja.

Vale para el mundo, vale para la Iglesia, vale para nuestras comunidades, vale para nuestras familias, vale para cada uno de nosotros.

Que cambie esta Iglesia

Tampoco nos gusta esta Iglesia, pero la amamos. No nos gusta la Iglesia dividida o competitiva. No nos gusta la Iglesia cansada o acomodada, vieja; No nos gusta la Iglesia rica y poderosa. No nos gusta la Iglesia impositiva y endurecida...

Pero amamos a la Iglesia, a esta Iglesia, que presenta también otras caras brillantes y hermosas. Y este amor a la Iglesia nos exige oración y esfuerzo de renovación en el Espíritu, empezando por cada uno de nosotros.

Oramos para que Jesús venga, mejor, para que nosotros descubramos su presencia y sepamos acogerlo; que sepamos abrirle de inmediato cuando llame a nuestra puerta.

Nos comprometemos a ser mejores testigos de Jesús y sembradores de su Reino.

Que cambie nuestra vida. Oyes confesiones: Mi vida es un desastre. Todo lo hago mal.

Tantos años consagrada o consagrado al Señor, y ¡qué vacío, Dios mío!

Estoy lleno de dudas, no puedo creer.

Ya no puedo cambiar.

¿Para qué pedir al Señor, si no me escucha?

Después de esta desgracia, este fracaso, este cambio..., todo se me ha venido abajo...

Hay en tantas vidas un tono de amargura y desconfianza, de inutilidad y desesperanza, de compromiso y aceptación de derrota... No puede ser que Dios me ame. ¿Cómo puede amar Dios a un ser tan pequeño y despreciable?

Son pecados contra el Adviento y pecados graves. Porque es un gran pecado no creer en uno mismo. Es un gran pecado no creer en la esperanza. Es un gran pecado no creer en el amor. No basta con creer en Dios. Hay que creer que Dios es amor. Y hay que creer que Dios te ama, no por tus méritos, sino porque Dios es amor. Tienes que creer que Dios se enternece cuando te mira. Y tienes que creer que Dios está contigo y alienta en ti su Espíritu, para hacer de ti algo nuevo y valioso, algo único. Tienes que creer que Dios sigue confiando en ti y llamando a tu puerta. Atrévete a abrir y deja que tu casa se llene toda de luz y de calor.

(E)

“Levantaos, alzad vuestra cabeza: se acerca vuestra liberación”. “Estad siempre despiertos”

Hace tan solo unos días, me llegó a mi Correo electrónico un cuento muy sencillo y simple, pero lleno de vida. Se hablaba de un ciego que sentado en la calle tenía un letrero al lado del sombrero que decía: “Soy ciego. No puedo ver”. Pasó por allí un publicista. Se quedó mirando y contempló las pocas monedas depositadas en el sombrero. Como buen conocedor de los efectos de la publicidad, calladamente tomó la tablita del letrero y escribió otro. Cuando más tarde volvió a pasar por el mismo lugar, se dio cuenta de que el sombrero estaba lleno de billetes y monedas.

El ciego lo reconoció y le preguntó qué había escrito en su tablilla. Lo mismo que tenía usted. Solamente le di un poco más de colorido. En realidad, el publicista cambió lo de “Estoy ciego. No puedo ver”, por otro: “Soy ciego y no puedo ver la

primavera”.

El que me envió el cuento le dio un remate bonito: Con frecuencia el éxito depende del cambio de tácticas.

Sin embargo, yo preferiría darle otra lectura, sobre todo, ahora que comenzamos el Adviento, este tiempo de esperanza.

Es que con frecuencia, los problemas de la vida hacen naufragar nuestra esperanza.

A la esperanza yo la llamaría la “virtud de la noche”.

No la esperanza “del día lleno de sol”, sino la esperanza “de cuando todo está oscuro y es de noche”.

Soy ciego. No puedo ver la primavera. No puedo ver la estación más bella del año.

Soy ciego. No puedo ver las flores ni los colores.

Soy ciego. No puedo ver el despertar de los campos, ni el florecer de los árboles.

Cuánta belleza perdida por no poder contemplarla.

Cuánta belleza tan cercana y tan lejana.

Para el que no ve, cuántas cosas pasan desapercibidas.

Para el que no ve, cuánta bondad que pasa a nuestro lado sin darnos cuenta de ella.

Para el que no ve, el mundo sigue siendo oscuro, por más que brille el sol del verano.

Para el que no ve, cuántas primaveras perdidas.

Para el que no ve, cuánto amor que no se descubre.

Para el que no ve, cuanta luz inútil.

Para el que no ve, cuántas esperanzas perdidas.

Cuando Jesús pregunta al ciego qué desea que haga con él, lógicamente el ciego gritó: “Que vea”.

Tal vez, la gran diferencia entre Jesús y el resto de los hombres, estuvo en el hecho de que Jesús veía lo que el resto no veía.

Donde los fariseos veían a un leproso inmundo, Jesús contempló a un hermano suyo, hijo también del Padre.

Jesús veía la primavera.

Donde los fariseos veían a un ciego molesto, Jesús descubrió a un hermano con tremendas ganas de ver la luz.

Jesús veía la primavera.

Donde los fariseos veían el “sábado” Jesús ya contemplaba “el domingo”, el día del Señor, el día de la Pascua.

Jesús veía la primavera.

Donde los discípulos veían el término y el fracaso del Maestro, maldito en la cruz, Jesús sentía el comienzo de todo lo nuevo.

Jesús veía la primavera.

Mientras los fariseos veían en Jesús a un pecador, el paralítico lo reconoció como el Mesías de Dios.

El paralítico veía la primavera.

Mientras los fariseos veían en Jesús a alguien que profana el sábado, Jesús ve la santidad de la persona humana.

Jesús veía la primavera.

Mientras unos no vemos sino maldad en el mundo, Dios sigue todavía creyendo en él.

Dios ve la primavera del Hijo que se está madurando en las entrañas de una Virgen.

Mientras unos no vemos sino desgracias, otros ven que todavía hay corazones generosos.

Estos ven la primavera de una Virgen capaz de creer lo que el Señor le ha dicho.

Mientras unos no vemos sino desesperanzas, fracasos, otros descubren oportunidades.

Estos ven la primavera de un mundo que espera la Navidad.

Todavía nos quedan muchas primaveras que no vemos.

Todavía nos quedan muchas primaveras de la Iglesia que no adivinamos.

Todavía nos quedan muchas primaveras de amor que ya están brotando.

No todo es tan malo en el mundo. Hay mucho de bueno. La diferencia está en que, mientras unos sólo ven lo malo, otros son capaces de percatarse de lo bueno. Todos viviendo en un mismo

mundo. Todos, los unos al lado de los otros. Pero unos ven el amanecer primaveral, otros siguen metidos en el frío invierno. Unos sólo ven la desgracia, otros ven que “se acerca nuestra liberación”.

Entramos en ese tiempo del Adviento. Nuestra realidad sigue siendo la misma.

Pero Dios está encendiendo una luz de esperanza, ahora escondida y oculta en el seno de María, pero que en Navidad se hará luz de liberación y salvación en un pesebre. Por eso le Adviento comienza invitarnos a “levantar la cabeza” y ver más lejos que las duras realidades de cada día. El Adviento es invitación a ver la primavera de la esperanza”.

P. Juan Jáuregui Castelo